

Vivir para contarla

Mauricio Rosencof fue rehén de la dictadura uruguaya durante once años y medio. Sufrió cárcel y tortura. En su última novela, *Diez minutos*, construye una ficción en la que es posible reconocer su propia experiencia de prisionero.



MAURICIO ROSECOF PRESENTÓ SU ÚLTIMA NOVELA, *DIEZ MINUTOS*

Sobrevivir al horror de la cárcel d

Fue uno de los rehenes de la dictadura uruguya por más de 11 años. Estuvo preso junto a Pepe Mujica y Eleuterio Fernández Huidobro y compartió con ellos el horror y la victoria. Elaboró esa experiencia y la convirtió en ficción.

» Mónica López Ocón

Once años, seis meses y siete días duró el calvario que vivió Mauricio Rosencof junto a sus compañeros Eleuterio "El Nato" Fernández Huidobro, actual ministro de Defensa de Uruguay y José "El Pepe" Mujica, hoy presidente de ese país. Ellos integraron el grupo de rehenes que serían asesinados si los Tupamaros intentaban cualquier acción contra el gobierno. De ese periplo de horror por las cárceles y cuarteles de Uruguay da cuenta el libro testimonial que escribieron a dúo Rosencof y Huidobro, *Memorias del calabozo*.

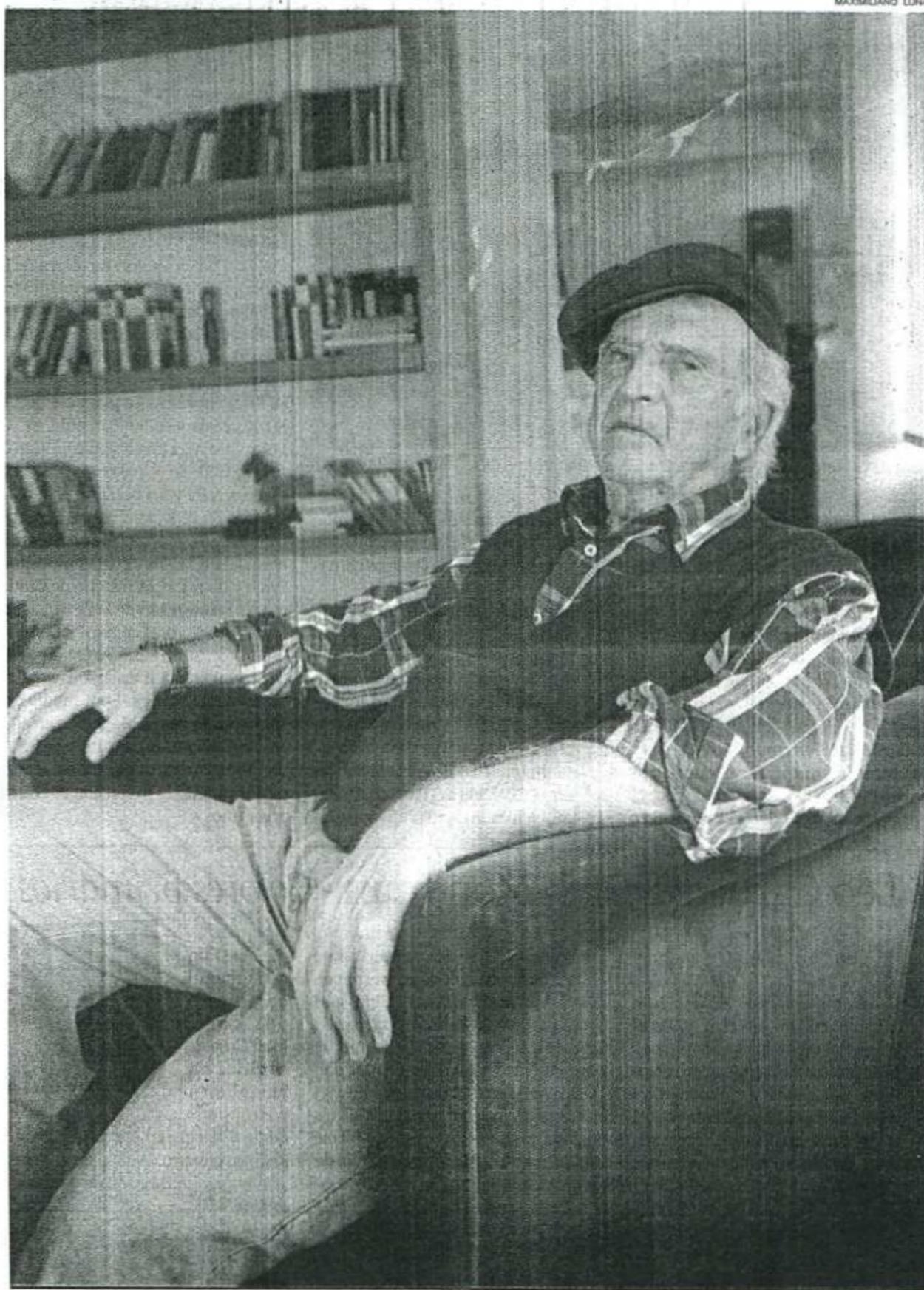
Diez minutos es el título de la última novela de Rosencof. En ella narra los días de un prisionero cuyo lugar de reclusión es un aljibe en el que solo tiene por compañía un balde que se convierte en su único interlocutor. Un día lo llevan a otra dependencia cuartelaria para que lo vea su padre y transmita que, contrariamente a lo que se dice, el prisionero sigue vivo. El tiempo pautado para el encuentro son diez minutos, pero en ese lapso su padre no puede o no quiere reconocerlo. Se trata de una obra de ficción que reelabora literariamente las experiencias del cautiverio. Una historia ficticia que, sin embargo, basada en hechos reales.

El tiempo no tiene un valor absoluto, no es el mismo para un prisionero que para alguien en libertad.



"Lo primero que te quitan cuando estás preso es el nombre y pasás a ser un número. Yo era el 813."

Además, paradójicamente, mientras pasa, también permanece inmóvil. Ciertas experiencias nunca se convierten en pasado, como lo testimonia el propio Rosencof para quien la cárcel y la tortura son elementos que conviven con su presente. En él no hay odio ni deseo de venganza, sino una celebración cotidiana de la vida. Es optimista, afectuoso y su sentido del humor lo lleva a reírse de sí mismo y a quitarle a lo vivido toda solemnidad sin restarle trascenden-



Mauricio Rosencof-Cruzó el charco para presentar en Buenos Aires su última novela, *Diez minutos*, que habla de la prisión.

cia. Tiene tantos proyectos en marcha y tanta convicción política que ni se le ocurre compadecerse de su historia. Entrevistarle es uno de esos raros privilegios, de esos lujos que de vez en cuando otorga el periodismo.

—Como siempre me pasa con tu literatura, tu última novela, *Diez minutos*, me conmovió mucho.

—Vos me querés decir que soy un escritor para llorar (risas).

—No, al contrario. Creo que hay

una distancia muy grande entre el tono con que narras y aquello que narras que es algo muy terrible. El tono es siempre más "liviano" que aquello que contás. En *Diez Minutos* contás la vida de un personaje, de un preso al que la policía encarcela en un pozo, en un aljibe. ¿Vos pasaste por esa experiencia o corresponde a otro de tus compañeros de prisión?

—Todos pasamos por ahí. Pero el libro es una ficción, no es una des-

cripción exacta. Es un libro alucinado que cuenta hechos que tuvieron que ver con la vida del protagonista, pero no estuvimos metidos en el agua. Los rehenes éramos nueve. Nos pusieron en grupos de tres y los tres que estábamos juntos no teníamos comunicación entre nosotros. Estábamos a media ración y no nos daban agua, por lo que teníamos que reciclar los orines. Pasamos por diversos lugares, sufrimos muchos traslados. Hicimos la vuelta al Uruguay en un

calabozo. No sé quién llegó primero, pero estuvimos remando todo el tiempo. Tuvimos 49 traslados como registra *El Nato* (se refiere a Eleuterio Fernández Huidobro) y con el Pepe (se refiere a José Mujica, actual presidente de Uruguay). Como éramos rehenes, nos habían anunciado que si se producía alguna acción afuera, se iba a simular una fuga y la íbamos a quedar ahí. En eso, nos hablaban con mucha claridad. Cuando nos llevaron a ese régimen de 13 años y medio, el general encargado del operativo dijo: "Ya que no pudimos matarlos cuando cayeron, los vamos a volver locos". Uno murió en el calabozo, Adolfo "El Nepo" Wassen, dos o tres compañeros se desquiciaron. Pero hubo otros dos que quedaron más desquiciados todavía, porque uno consiguió un empleo de presidente y el otro, de ministro de Defensa (risas). Eran los dos que estaban conmigo: imaginate vos lo que me tocó en suerte (risas).

—No sé si recuerdo bien, pero en *Memorias del calabozo* vos hablás de un prisionero en un pozo, en un aljibe. Era Raúl Sendic.

—Sí, había un pozo en Durazno y también en otros lugares. Pero nunca lo vimos en el pozo. Hay una película que se hizo sobre el periplo de Henry Engler. Ese periplo fue un poco el de todos. En esa película que se llamó *El círculo*, él aparece reconociendo la tapa de un aljibe en un cuartel. Al asomarte allí te aproximabas al séptimo círculo, descendías y en



"A veces nos hacían comer en cuatro patas como los perros en un plato que dejaban en el piso."

cualquier momento te encontrabas con Virgilio o con Dante. Con el Pepe y el Nato estuvimos dos años y medio en las catacumbas de Paso de los Toros, bajo tierra. El espacio que teníamos era de 1,80 metros por 60 centímetros. Corrían las ratas y no había ventilación. El lugar era tan asfijante que veces ni bajaba la guardia. Había unas cuchetas empotradas con los hierros para el lado de adentro. Una vez el Nato dijo que si hacíamos guardia, él se animaba a

la dictadura y vivir para contarlo

UN FRAGMENTO DE DIEZ MINUTOS

Había una mesa chica, como de cocina. Tres sillas. En una sentaron la bolsa. Un oficial en posición de descanso, alerta, parado detrás del respaldo de la segunda silla, como para vernos de arriba y no perder palabra.

Sentados, lo que se dice sentados, estaban los perros. Los soldados del plantel los tenían a rienda corta, aten-

tos los unos a los otros. Más atrás, tropa: tres, cuatro, con las piernas separadas, botas de caballería y, sobre el pecho, la carabina en diagonal.

La puerta por la que me introdujeron estaba sellada del lado de adentro por dos milicos con bayoneta calada. Secos. Menos los perros que jadeaban, todos secos.

Esta geografía la registré cuando subieron el telón de lona.

Pestañeándole a la luz, y como de la luz, apareció el Viejo. Tenía el sombrero en las manos y a sus lados dos custodias.

Sonrei en mis profundidades al pensar que toda esa parafernalia se había montado cuidadosamente para evitar

una asonada que tenía como capitanes mis restos y los años del Viejo.

—Siéntese—ordenó a mi padre el teniente del respaldo. Tiene diez minutos.

El Viejo se mantiene de pie, el sombrero gris sostenido por las dos manos.

Su mirada celeste, sólida, escruta los rostros. Su mirada rueda sobre el mío. —¿Dónde está mi hijo?

subir parándose en las patas empotradas de la cucheta, para llegar arriba y aflojar las tuercas de las vigas. El Pepe estaba al pie de la escalera, para avisar si bajaba alguien de la guardia. En ese caso él iba a toser y a entretenerlo. Fijate vos la tarea del señor presidente. El segundo en barajarlo sería yo, lo que le daba tiempo al Nato para descender. Finalmente, logró llegar y cuando bajó de las alturas—todos queríamos cumplir el sueño del preso que es rajarnos dio la noticia de que las tuercas estaban flojas, que esa tarea ya la había hecho alguien antes que nosotros, pero que ni Cristo podría lograr levantar las tapas del techo. No cedían ni un milímetro, no se podían mover, lo que no era algo racional. Luego del frustrado intento que había acometido otro trío que había estado antes por ahí, nos enteramos de que sobre esas chapas se apoyaba un puente, el puente Bailey. El lugar en que estábamos era un sitio de ingenieros y los ingenieros lo habían levantado para poder cruzar un arroyo. Los tramos de hierro de ese puente estaban colocados sobre la chapa, por eso las chapas no las podía mover ni Cristo. Cuando salí de prisión y caminé por la zona, cerca de nuestro Obelisco, pude reconocer el puente Bailey y luego me enteré de que con los tramos de hierro de ese puente estaban construyendo el estrado donde se subiría el Papa. El Papa vino al país y dio una misa sobre el estrado construido con los hierros de ese puente que nos impedía levantar las chapas. Tomá nota.

—¿A qué Papa te referís?

—Al Papa polaco, a Wojtyła

—Volviendo a *Diez minutos*, me parece que el libro tiene un eje fundamental que es el tema del tiempo, un tema con un costado filosófico. ¿Cómo es el tiempo de un prisionero en tus condiciones?

—Uno entra a filosofar, lo que no quiere decir que haga filosofía. Para mí el tiempo es uno de los enigmas más grandes. Fijate que en la mitología griega el tiempo no tiene padre. El tiempo de alguien que estaba en nuestras condiciones no tenía ninguna relación con el de la superficie de la tierra donde está más o menos atrapado en las manecillas de un re-

loj o en las páginas de un calendario. Allí había que escalar cada minuto y el minuto siguiente era igual. El tiempo eran montañitas que había que escalar. En *Diez minutos* el tiempo se concentra en torno a la visita del padre del prisionero. La historia es que a mí me estaban interrogando. Ya había estado internado en el hospital en una silla de ruedas, llegaron muchas denuncias del exterior y acá me habían dado por muerto. Pero no fue así y los milicos habían vuelto a la actividad conmigo. Un buen día me alambra, me esposan y me llevan para otra dependencia, me meten en un cuarto y me presionan hacia abajo para que me siente en una silla y levantan el telón. Me sacan la capucha, hay

siete u ocho milicos armados de guerra, cuatro perros, un oficial. Se abre la puerta y entra mi viejo. Debido a las denuncias, querían que mi viejo me hiciera una visita para que pudiera transmitir al mundo exterior, al más allá del muro, que yo respiraba, que me podía sentar, que tenía los dientes, todas esas cosas. Entonces cuando entra mi viejo el capitán le dice: "Aquí está su hijo. Siéntese. Tiene diez minutos." Mi viejo mira a los milicos uno por uno, mira al capitán, me mira a mí, vuelve a mirar a los milicos y a los perros y dice: "Yo vine a ver a mi hijo, ¿dónde está? Él no es mi hijo, yo quiero ver a mi hijo." Los diez minutos de la entrevista eran para mostrarle al viejo que yo era yo. Esa fue una tarea ardua y contra reloj, ese reloj que estaba semicubierto a mi vista por la manga del saco del viejo. Yo esperaba que él hiciera un movimiento para ver cómo corrían los minutos al mismo tiempo que le daba elementos a mi viejo para que me reconociera que sólo podía dárseles yo. En el libro se narran las alucinaciones como si fueran la vida cotidiana

porque en ese período la realidad tangible no se podía vivir, había que vivir en la fantasía, en la alucinación, en la locura. Ese era nuestro territorio vital y eso es lo que se describe desde lo que sucede en la cabeza del personaje. La historia de la novela se construye con elementos de ese período que son piezas de un puzzle. De esa manera se estructura el panorama de los días vividos, sin adjetivos, sin calificativos y recurriendo a lo literario que es lo que siento. Salvo *Memorias del calabozo* que hicimos con el Nato y con la supervisión del Pepe que es estrictamente testimonial, lo demás es ficción. En *Memorias del calabozo* no quisimos elaborar literariamente ni una frase porque si no quedaba bien esa elaboración iban a pensar que lo que contábamos era una elaboración literaria y todo lo que salió publicado fue tal como lo contamos.

—¿Tu padre no quería o no podía reconocerlo?

—Para eso no tengo más respuesta que lo que narro en *Diez minutos*.

—Creo que el otro gran tema de *Diez minutos* es la identidad. ¿Qué pasa con la identidad de un prisionero? La capucha, el no saber el horario ni el día conspira contra ella. El personaje de tu novela necesita que el padre lo nombre para existir.

—Sí, ese es un gran tema. Lo primero que te quitan cuando estás preso es el nombre y pasás a ser un número. Yo era el 813, lo digo para que lo jueguen a la quiniela. En esas circunstancias estás sometido a una situación que facilita el destrato de la guardia, de los oficiales. Si estás preso pero bañado y afeitado, trajeado y con una camisa blanca y limpia se les hace más difícil. Pero a nosotros nos querían convertir en animales. A veces nos hacían comer en cuatro patas como los perros en un plato que nos dejaban en el piso. Nuestro esfuerzo era convencernos de que aunque nos trataran como a perros

no teníamos por qué ladrar, aunque estuviéramos sucios y acorralados. Una vez pasó una cosa insólita en un cuartel, el Séptimo de Caballería en Santa Clara de Olimar. Era domingo y sentimos voces de niños en el cuartel y también voces de mayores que decían "vengan, vengan, vamos a ver". Como era domingo, los milicos podían traer a sus hijos al cuartel para que anduvieran a caballo. Los chicos nos espionaron por la mirilla. Éramos bichos carcelarios, trofeos, animales de zoológico. Con eso ya te das cuenta a qué apuntaban. En esas circunstancias tirarnos un hueso, darnos una patada o llevarnos al baño asfixiándonos con la capucha era algo normal porque éramos subhumanos.

—¿Cómo se hace para mantener la identidad en esas circunstancias?

—Se lucha por mantener la dignidad. En esas condiciones, sabiendo cómo estábamos nosotros tres y cómo estaban el resto de los compañeros, reinventamos el Morse golpeando con los nudillos en las paredes y analizábamos el momento político. Determinamos que nuestro lugar de militancia en ese momento era el sitio en el que estábamos y había una sola consigna, resistir. Entonces nos prendíamos a la vida como la hiedra al muro y descartábamos cualquier acción contra nosotros mismos. Se sobrevive con lo que hay y con lo que se pueda, incluso con actos de ingenio insólitos. Una vez nos dejaron el antisudoral en una bolsa y el Nato me dijo "chupalo que tiene alcohol". Fue como si estuviéramos tomándonos un antisudoral en el mostrador.

—Tu literatura hace una reelaboración lírica de todo eso. Cuesta entender que luego de lo que viviste puedas reelaborarlo de esa forma. ¿Cómo se enfrenta la vida después de una experiencia así?

—No me lo planteo nunca. Para nosotros todo fue una progresión que tiene que ver con la elección de vida que uno ha hecho. Llegar es llegar al camino que transité desde mi adolescencia. Mi viejo era bolche, yo transité por el camino del socialismo, de la justicia social. Aprendí a levantar una barricada, a tirar piedras, a ver a un compañero que cae. Un día te meten en cana, pasás toda

esa peripecia y finalmente llegás al gobierno. Pero el camino sigue y hay que seguir transitándolo porque eso es para siempre. El último día que estuvimos en cana, fuimos a la Cárcel Central en el centro de Montevideo. Éramos los últimos mohicanos porque no salimos por la amnistía sino por una ley que decía que de acuerdo a las condiciones de reclusión cada día se iba a computar por tres. Charlamos hasta por los codos, recuperamos palabras olvidadas, nos pasamos hablando toda la noche. De vez en cuando alguien de nosotros pedía silencio porque en los muros de la cárcel central se escuchaba una vibración que eran las voces de la multitud que estaba afuera y que coreaba "Tupas, hermanos, aquí los esperamos." Salimos como espuma de esa ola. Fuimos transportados a un convento franciscano que era la propuesta más conveniente para poder estar juntos y reorganizar el movimiento. Había gente que venía del exilio, estaban los presos y con todo eso había que hacer una trenza de ocho. Por eso aceptamos la propuesta de los amigos conventuales porque hubo muchas monjas, curas y pastores presos. Yo llegué a ir a una misa en el penal de Libertad porque había 22 curas y pastores presos.

—Todo eso convive con vos, no hay manera de dejarlo en el pasado.

—No, eso no se olvida de la misma forma que no se olvida el primer amor, ni la vereda del barrio ni la cancha de fútbol, ni la vieja, ni la raviolada de los domingos. Todo está integrando en un mismo tiempo. La memoria no tiene calendario. Si rememoro la infancia, la infancia se me presente en el mismo tiempo que estoy viviendo hoy, mientras hablo con vos, con el



"El pasado y el presente están integrados en un mismo tiempo. La memoria no tiene calendario."

termo en una mano y el mate en la otra. El pasado y el presente son un mismo tiempo.

—Vos mencionaste una característica de tu escritura que es la falta de adjetivación respecto del enemigo. Eso me recuerda a *Si esto es un hombre*, de Primo Levi. No hay saña, no hay odio y resulta sorprendente que no tengas esos sentimientos.

—La saña y la venganza están fuera de carrera en lo que hago, en lo que siento y en las raíces que motivan mi militancia y mi literatura. ◀